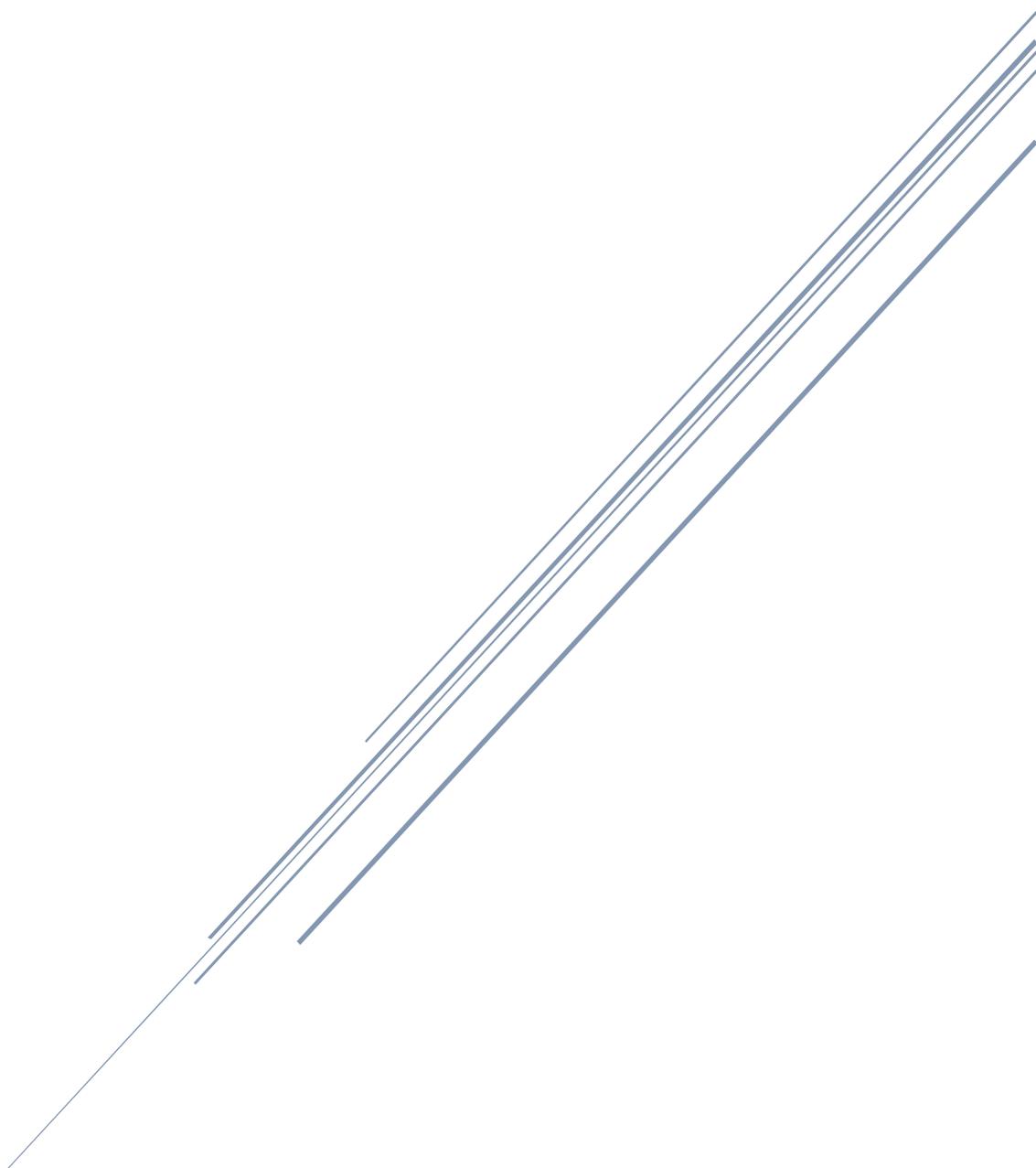


EL QUE TENGA OÍDOS, OIGA LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LA IGLESIA

JOSÉ MARÍA RAMBLA BLACH, SJ



XLII Jornadas de Vicarios de Pastoral
Burgos, 1 – 3 de mayo de 2017

Muchas gracias por la confianza de haberme invitado a compartir aquí entre hermanos en responsabilidades pastorales dentro de nuestras Iglesias, es una confianza que agradezco y que espero corresponder fraternalmente para que entre todos vayamos profundizando en esto que es el objetivo por el cual me llamaron: prepararnos para preparar.

Antes de preparar proyectos lo primero que hay que hacer es prepararnos nosotros, preparar las comunidades, crear unas disposiciones que hagan realmente acertado el plan y operativo el plan. Dos cosas: acertar en lo que buscamos y, sobre todo, acertar en las disposiciones para que aquello no quede en un nuevo proyecto en una carpeta, un nuevo proyecto precioso pero a veces estéril e inoperable. Por esto esta mañana la dedicaremos más bien a profundizar en las aptitudes básicas, y por la tarde más bien unas pistas más concretas, un marco, o si queréis unas coordenadas para avanzar en una forma de proyectar pastoralmente, sea un plan pastoral o distintas formas de proyectos pastorales que hagamos en diócesis, parroquias, arciprestazgos, etc.

Creo que es importante, por tanto, que el trabajo que hacemos sea un trabajo que se hace desde esta actitud profundamente espiritual, que no quiere decir una cosa que flota en el aire, sino que es del Espíritu el que actúa en la vida y en la historia. Podemos empezar con un breve silencio, pidiendo al Señor que nos ayude en este trabajo que estamos iniciando, que sea de reflexión pero también de creación de disposiciones para poder escuchar al Espíritu que sigue hablando a las Iglesias hoy.

INTRODUCCIÓN

Lo primero que hemos de hacernos es preguntarnos sinceramente en dónde os hayamos hoy. Cuatro indicaciones:

Cambio de Época

En primer lugar nos hayamos –es algo muy bien sabido y repetido, pero conviene concienciarlo– en un cambio de época, no simplemente en un cambio de período, sino en un cambio axial como se vivió unos siglos antes de Cristo con personas y hechos como Confucio, los presocráticos, los profetas de Israel, etc. Es un cambio en profundidad que marca un cierto viraje cultural. De alguna manera el Vaticano II lo

vislumbraba cuando hablaba ya de los cambios profundos y acelerados. Dos notas importantes: no cambios de superficie, sino profundos y acelerados en que vivíamos hace ahora cincuenta años, y hoy lo estamos viviendo de una forma palpable. Quizá percibimos el cambio más de forma negativa que positiva; por ejemplo, muchas de las cosas que aprendimos y que iniciamos o que practicamos, van quedando desfasadas aceleradamente y resultan ineficaces. Los que trabajáis en pastoral de juvenil –un trabajo admirable el que estáis haciendo– pues lo estáis viendo, cada año hay que inventar dos o tres cosas distintas, todo va cambiando de tal manera...

Esto nos induce a pensar que debemos vivir una espiritualidad muy radical, espiritualidad de historia de salvación, que aunque no dejemos de lado las exigencias inmediatas e ineludibles del presente y del próximo futuro, debemos estar atentos a las iniciativas inéditas y no programables del Espíritu, no anticiparnos al Espíritu, sino seguirlo. Esto es fundamental en la vida cristiana porque sabemos y hemos cantado muchas veces bellamente que el Espíritu es creador, no repetidor. Atentos, con los oídos del corazón, bien abiertos a *“lo que el Espíritu dice a las iglesias”*, como lo repite siete veces el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, y ahora el mismo Papa nos lo dice: *“La escucha del Espíritu que nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos”*. Para hablar pastoralmente hemos de hablar de la escucha del Espíritu, no somos nosotros los que programamos.

El hasta hace poco Superior General de los Jesuitas, el padre Adolfo Nicolás, prolongando una de las imágenes queridas del Papa Francisco, decía que hemos de tener tres olores: olor de oveja –por estar con la gente, como suele decir el Papa–, pero añade olor de biblioteca –por la reflexión y el estudio–, y olor de futuro –por la práctica del silencio–. El silencio no es el callar, los mudos serían los que tienen más capacidad de escucha, las personas que no saben comunicarse serían las personas más silenciosas, no. El silencio es la práctica de la atención; de percibir, no de proyectar; de escuchar, no simplemente de hablar y de absorber; de acoger. Esto es el silencio. Cambio de época, una llamada al silencio existencial.

Pequeño Rebaño

Una segunda característica del momento en que nos hayamos, el pequeño rebaño. Tanto la observación de nuestras parroquias, movimientos, comunidades, órdenes religiosas, como la reflexión que desde hace tiempo hacen algunos teólogos, (Ratzinger, Rahner, Martini, Lohfink etc.), nos anuncian que nos encaminamos hacia

una Iglesia de pequeño rebaño. Aun teniendo en cuenta los matices que se pueden hacer, no se puede negar que en el hemisferio norte, donde nos hayamos en nuestras culturas, tanto en números absolutos como en relativos hemos disminuido mucho y, además, nos encontramos en medio de una sociedad muy plural, como en diáspora.

Dos cosas: disminución del número y situación de minoría dentro de la sociedad en la que nos encontramos. Esta situación no ha de ser motivo de desaliento, no caigamos en la tentación de culpabilizarnos fácilmente ni tampoco de justificarnos superficialmente. No soy nada negativo ni derrotista respecto del pasado; voy por los 84 años, para situarnos, por lo tanto he vivido la pastoral de los años 40 y una pastoral de la que estoy muy agradecido, pero reconozco que quienes trabajan con los jóvenes hoy trabajan con una generosidad y una credibilidad muchísimo superior a las de aquellas personas que me hicieron tanto bien, que agradezco mucho. No seamos fácilmente negativos sobre la situación en la que vivimos, no caigamos en la tentación de culpabilizarnos ni tampoco de justificarnos fácilmente. Sabemos muy bien que la historia de salvación está marcada por pequeños grupos que son inicio de grandes novedades: Abraham, Moisés, el resto de Israel, las primeras comunidades cristianas.

También puede verse cómo hay ciclos descendentes después de años de fidelidad al Señor y años de plenitud, y en las épocas bajas Dios siempre llama a la fidelidad, a la conversión, a la novedad de vida. Incluso el pequeño resto de los seguidores de Jesús, puede ser el diminuto grano de mostaza que llega a ser un arbusto, la levadura suficiente para hacer fermentar la masa. Por tanto, la situación de pequeño rebaño no por ser pequeño es pequeño rebaño o de pocos, sino por hallarse en diáspora; es pequeño porque se halla en medio de un ambiente de creyentes de otra forma, personas indiferentes, no creyentes, etc.

Pues bien, esta situación más que situación de diagnóstico negativo es una situación de llamada, es un reto que nos invita a poner la atención y el esfuerzo en fortalecer lo que es el alma de la Iglesia, yendo a lo esencial, no perdernos en las ramas. ¿Y qué es lo esencial?: la experiencia de Cristo en el Espíritu de las bienaventuranzas, y así la Iglesia quizá más pequeña podrá ser más significativa en el mundo y en la sociedad actuales, como sal de la tierra y luz del mundo. El reto no es ser muchos, sino ser significativos. Es en este sentido que el Papa también nos habla en la *Evangelii Gaudium*, en el número 92 nos dice: “*Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño», los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo. Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!*”

Tiempo de Gracia

Una tercera característica: este tiempo es tiempo propicio, es tiempo de gracia el tiempo que vivimos. 2017 es el mejor año de la historia, es el que tenemos, es tiempo de Dios. Quisiera destacar, pues, que sea cual sea el tiempo en que vivimos, este es nuestro tiempo y no tenemos otro, y este es precisamente el tiempo en que Dios actúa. “*Ahora es el momento oportuno. ¡Ahora es el día de salvación!*”, se nos recuerda cada año al empezar la Cuaresma, segunda Carta a los Corintios, repitiendo a Isaías. Y repetimos prácticamente cada día el “hoy”, no mañana, cuando se nos exhorta a escuchar la voz del Señor en el Salmo 94-95. Es pues un tiempo de alegría, porque Dios sigue haciendo su obra en nosotros, en la Iglesia y a través de nosotros y también un tiempo de exigencia porque Dios espera que lo escuchemos, con obras y de verdad. Por tanto es una llamada a la fe-fe: no desconfiar, no construirnos becerros de oro que nos den falsas confianzas. Confiar, creer lo que se repite en el misterio pascual “*Yo estaré con vosotros todos los días*”.

Interpelación del Papa Francisco

Finalmente otra situación circunstancial: la interpelación del Papa Francisco, lo que el Papa actual nos está pidiendo. Como miembros de la Iglesia, y más aún como personas de particulares responsabilidades dentro de ella, tenemos la gracia de contar con una llamada y una orientación muy rica en las palabras del Papa Francisco, sobre todo en la *Evangelii Gaudium* y estos otros dos documentos: *Laudato Si* y también *Amoris Laetitia*. En la *Evangelii Gaudium* se nos invita a “*perfilar un determinado estilo evangelizador*”. Hace días ya que se nos ha dicho esto, pero creo que todavía estamos en un proceso de asimilación, porque las asimilaciones no son rápidas, se entienden las cosas pero no se asimilan fácilmente; vamos diciendo, vamos repitiendo, por eso es importante “*Perfilar un determinado estilo evangelizador*”, nos dice el Papa, ¿qué estilo?: evangelizador, y asumirlo “*en cualquier actividad que se realice*”. No es un estilo que es una cosa general sino que se hace particularidad, aplicar en lo que puede ser la pastoral de la salud, de los que no vienen a la Iglesia, de los jóvenes, etc. Pensemos que la Iglesia es un número reducido, pero la pastoral es ilimitada, más allá de nuestros grupos reducidos.

El Papa no quiere reemplazar los episcopados locales “*en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios*”, y por esto opta por “*una*

saludable descentralización”. El mismo Papa indica cuáles deben ser las “*motivaciones para un renovado espíritu misionero*”.

Dadas estas circunstancias, en esta exposición que ya he empezado propondré ahora cuáles son algunas de las actitudes fundamentales para la escucha del Espíritu que habla también hoy en nuestra Iglesia local. En la segunda ponencia, la de la tarde, indicaré algunas de las disposiciones personales y comunitarias que propone el Papa para llevar adelante lo que él llama “*un renovado espíritu misionero*”, “*ser evangelizadores con Espíritu*”. Lo haré pensando en las personas que estamos aquí, pero pensaré también en las personas, parroquias, comunidades, movimientos, grupos, a los que se ha de transmitir este espíritu de preparación pastoral. Es un esfuerzo que a todos nosotros nos pide: cómo hacer llegar a los no presentes aquí las orientaciones para esta orientación pastoral, y segundo cómo hacerlas operativas, cómo transmitirlo, cómo tratar de que esto sea operativo.

ESCUCHAR LO QUE DICE EL ESPÍRITU

Empecemos pues en la primera consideración: escuchar lo que dice el Espíritu. Tres cosas veremos: sintonía del Espíritu, disponibilidad y discernimiento, tres cosas para la escucha del Espíritu.

SINTONÍA DEL ESPÍRITU

Dios y su Reino nos desbordan

Sintonizar con el Espíritu supone un cambio personal, un cambio de sensibilidad, es decir, un cambio de actitud fundamental porque Dios y su Reino, el Reino de Dios, nos desborda. Para escuchar, es decir, para captar lo que nos dice el Espíritu hoy y aquí, lo primero que hace falta es poner la sintonía apropiada. De nada nos sirven lecturas, reuniones, papeles... El Espíritu quizá lo oímos, pero no siempre lo entendemos —claro que peor sería ni siquiera oírlo—. El Espíritu no es ley, sino gracia, y por tanto nos pide movernos en el terreno de la gratuidad, en el terreno del silencio existencial. Dejar la propia tierra como Abraham, dejar nuestros intereses como Moisés, dejarlo todo como los primeros discípulos. Sólo hay verdadera experiencia de Dios, experiencia del Espíritu, cuando amamos del todo, como dice el Antiguo Testamento y lo repite Lucas “*con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus*

fuerzas, con toda tu mente". La palabra "todo" es decisiva. "Dios mío en todas las cosas", que decía Francisco de Asís.

Pero nuestra relación es con un Dios que ama al mundo hasta darle el propio Hijo para salvarlo y, por tanto, abandonarse a Dios del todo es dejarse en las manos del que nos llevará a los demás haciéndonos pescadores de hombres.

Este místico obrero que ha citado el obispo Sebastián antes, Egide Van Broeckhoven, fue un compañero jesuita que se estuvo planteando durante toda la formación si entraba en la Trapa o en la Cartuja, tenía experiencias de la Trinidad notabilísimas. Su padre espiritual publicó su diario espiritual y al final descubrió que su lugar de experiencia mística de Dios, donde vivía la experiencia de la amistad, era el mundo de los pobres. Estamos en los años 60, en Bruselas, y el mundo de los pobres era el mundo del trabajo y el mundo de los emigrantes de Europa, y allí vivió unos años de experiencia mística –su diario tuvo la suerte de publicarlo y analizarlo–. Tuvo experiencia trinitaria comiéndose un bocadillo con un turco, un español y un italiano, allí la experiencia de la Trinidad, y en uno de esos apuntes dice: solamente hay experiencia de Dios cuando uno está dispuesto a dejarlo todo por este mundo, que hay que liberar hoy y aquí. Dios no es un Dios planetario, es el Dios del Reino que es el Dios del rumbo y de la historia, hay que dejarlo todo por Dios que se nos da en la historia, en el mundo, en el hoy y en el aquí.

Pensamos pues que una planificación pastoral, que debe ser un camino para acoger el amor de Dios a la humanidad –que es el Reino de Dios–, nos pide a todos una actitud primera de despojo personal, de apertura a la iniciativa del amor gratuito de Dios. Y eso, si no queremos caer en una especie de prometeísmo pelagiano –al cual hace referencia el Papa en algún momento– debe ser objeto de una oración humilde, como la de aquel ciego que pidiendo a Jesús la vista se le concedió la libertad total para seguirlo. Hemos de ver qué nos pide el Señor y allí nos debemos detener, y la acción de Dios no solamente nos transforma la mirada sino que nos transforma el ser del corazón, nos da deber y nos pone en movimiento.

Esta vivencia del despojo en la elaboración de un plan pastoral, deberá concretarse en cosas muy particulares y modestas, en la entrega a un trabajo riguroso de estudio y de reflexión, de consulta y de trabajo en equipo, de recurso a teólogos y sociólogos, porque como decía santo Tomás "*un error sobre el mundo puede repercutir en un error sobre Dios*". Este despojo a veces pasa por esas cosas tan a veces pesadas y tan monótonas como leer, reflexionar, escribir, reunirse, deshacerse de mis prisas, de mis intereses particulares. Con todo nuestra actitud debe ser la del que sabe que el Reino

de Dios trasciende las mediaciones humanas, necesarias pero no suficientes. Como decía Clemente de Alejandría, Dios es *kósmios Kai hyèrkósmios*, es mundano y supramundano, Dios se da en lo mundano y lo trasciende desde dentro. Como decía Xavier Zubiri “*Dios es trascendente en lo inmanente*”, no al margen de lo inmanente sino en lo profundo de lo inmanente.

La Música del Espíritu

Escuchar a Dios, por tanto, es escuchar al Espíritu. El Espíritu es como una música, más que como una letra. No basta con conocer la partitura, la letra del Evangelio, sino que hay que percibir y captar su aire, la inspiración para movernos en un sentido o en otro. Se trata, pues, no de muchos conocimientos sino de sabiduría o cambio de nuestra sensibilidad espiritual. Esto es lo que la Carta a los Hebreos quiere hacer entender a aquella comunidad un poco adormecida; ya en la segunda generación parece que aquellos entusiasmos después de la resurrección se habían apagado un poco y había caído en un cierto adocenamiento, una vez pasados los años exultantes después de Pentecostés. El autor de la Carta a los Hebreos les recuerda a sus destinatarios que se habían convertido en niños necesitados de leche, pero que el alimento de los adultos era “*un cambio de sensibilidad*”, de actitud profunda, esto es lo que cambia. Esto es lo que cambia, ya somos adultos porque somos mayores, porque hemos hecho muchas reuniones, porque estamos en muchos movimientos, porque tenemos muchos títulos, porque tenemos muchas carpetas, muchos videos... es lo que cambia la sensibilidad profunda. Esa capacidad de sensibilidad nueva para distinguir lo que es de Dios y lo que no es de Dios, hacer pues más y más nuestros la mirada de Jesús y los sentimientos del corazón de Jesús.

La Melodía de la Misericordia

Concretamente esta apertura a Dios, que es esta actitud fundamental, se va desarrollando de formas muy concretas: primero con la melodía de la misericordia. Nuestro Padre ¿cómo es?, nuestro Padre es el Padre misericordioso. Esta sensibilidad evangélica de la que estoy hablando, que nos pide este despojo para abrirnos a Él, manifiesta unas ciertas facetas, es la sensibilidad evangélica que se concreta en la misericordia. Me atrevería a decir que el clima del año de la misericordia, que no debe ser una experiencia fugaz sino que debe informar el futuro individual y comunitario de la Iglesia, es aquel corazón nuevo del que habla el profeta y el Espíritu que Dios

nos pone en nuestro interior; esta es la base: este corazón nuevo que es por el Espíritu que nos habita.

Ahora bien, es el corazón que ha experimentado que su vida se encuentra bajo el perdón misericordioso de Dios. Todos nosotros actuamos desde la experiencia de que Dios ha tenido misericordia con nosotros, y que al aceptar su perdón se nos encomienda como en un contagio saludable la forma de ser y proceder de Dios. Si no soy misericordioso es porque Dios no me ha tocado, sé sobre Dios, hablo de Dios pero no ha tocado mi corazón. El contacto con Dios se traduce en un contagio y el contagio es el contagio de la misericordia, nos convertimos en compasivos como nuestro Padre es compasivo. La misericordia no es algo blando e irrelevante como pensaba Nietzsche y, a menudo, le damos razón con un comportamiento demasiado superficial de caridad convencional, compromisos personales muy aguados, o bien olvidamos la justicia que es el primer paso ineludible de la misericordia, entonces la misericordia queda desnaturalizada.

Hace ya más de veinticinco años que Jon Sobrino escribía el artículo “Principio– Misericordia”, en el que inspirándose en el título de Ernst Bloch “Principio– Esperanza”, mostraba cómo la misericordia es la fuerza que impulsó toda la vida y las acciones de Jesús. Más recientemente, Walter Kasper ha escrito que la misericordia es la clave del Evangelio y de la vida cristiana. Últimamente el Papa ha dicho que *“La misericordia en la Escritura es la palabra clave para indicar la acción de Dios hacia nosotros y es la jácena que sostiene la vida de la Iglesia”*. Nuestro arzobispo de Barcelona ha hablado recientemente de la “melodía” de la misericordia. Este Dios que es el absoluto es el Dios de la misericordia, primera nota de esta sinfonía.

Amor Preferencial a los Pobres

Como consecuencia, otra nota: el amor preferencial a los pobres. En efecto, el Espíritu de Jesús misericordioso se manifiesta en esto: con los presos, con los oprimidos, como Buena Noticia para los pobres creando solidaridad y reconciliación como Jesús repetía en la sinagoga de Nazaret comentando Isaías. Y el Papa nos dice –palabras importantes– *“No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro: Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres”*.

Tal vez tenía razón Karl Rahner cuando hace años comentando el pasaje del Evangelio “*los pobres los tendréis siempre entre vosotros*”. Decía que hay necesidades esenciales al Evangelio, el amor, pero hay necesidades que no son esenciales pero que son inherentes, una forma de expresarlo. Los pobres es una realidad que siempre nos interpela, no debe haber pobres, hemos de luchar contra la pobreza, pero por lo menos los que estamos aquí creo que moriremos por desgracia viendo que todavía hay pobres, y hay que luchar por ello. Por tanto la Iglesia deberá esforzarse en ser de verdad una Iglesia pobre y para los pobres, como lo deseaba ya Juan XXIII y nos lo está recordando repetidamente el Papa actual.

Simpatía con el Mundo

Otro rasgo: Simpatía con el mundo, partir siempre de una mirada de simpatía con el mundo, porque la misericordia es como un segundo movimiento que sigue a la empatía o la compasión, entendida como una manera de compartir los sentimientos de la otra persona. Aunque pueda parecer un análisis puramente lingüístico, pero es iluminador. No hace mucho un dominico escribió un artículo sobre el análisis de la compasión y nos dice lo siguiente: “*la compasión es una actitud permanente de Dios y no una actitud ocasional que surge en determinadas ocasiones; es un modo de ser divino. La compasión humana no surge únicamente allí donde hay sufrimiento, es una actitud permanente y habitual, un modo de relacionarnos y encontrarnos los unos con los otros*”. Es decir, la misericordia es la compasión en situación de sufrimiento de la otra persona, pero Jesús, como el espejo del Padre celestial que al fin de la creación se alegraba porque la obra le había salido bien, el cristiano y la cristiana es la persona que se alegra por el bien del mundo, por todo lo bueno que hay en el mundo, por la humanidad en la cual vivimos, y por tanto lo primero es una mirada de cariño, de simpatía al mundo, a este mundo actual de 2017, esta es la mirada. Y como hay mucho sufrimiento, esto desencadena la misericordia, la lucha.

Dios primero se alegró del bien del mundo, “*vio que todo lo que había hecho estaba muy bien*”. Y por eso, porque ama al mundo, a la gente, con una gran complacencia, sintió el dolor del pueblo oprimido y esclavizado e incitó a Moisés a liberarlo. Quiero, pues, subrayar que nuestra actitud de base debe ser aquella que Juan XXIII, el Vaticano II y finalmente Pablo VI, destacaron como nota de la Iglesia actual, una Iglesia que contempla al mundo con simpatía. Palabras de Pablo VI: “*una corriente de afecto y admiración se ha desbordado del Concilio sobre el mundo humano moderno*”. Si falta esta compasión o sentimiento elemental de fraternidad, nuestra

misericordia, con pocas raíces se traducirá en manifestaciones superficiales y no tendrá continuidad. Nuestra mirada debería ser una mirada de simpatía hacia la humanidad, una mirada que no descubre fácilmente enemigos sino personas a las que se puede ofrecer la Buena Nueva con hechos y, cuando es el momento, con la Palabra.

Quisiera recordar en este contexto el ejemplo de una gran actualidad que quizá hace unos días el Papa actual nos la ha venido también a recordar: es Francisco de Asís en medio de las Cruzadas cuando hace la visita a aquel sultán, y el sultán queda impresionado de la bondad de Francisco de Asís y Francisco de Asís de la grandeza espiritual del sultán, y dice que fue uno de los pocos episodios evangélicos que se dio dentro de las Cruzadas

Una llamada a la mirada de simpatía y cercanía con el mundo, desde aquí sentir la misericordia y el sufrimiento de los demás.

LA DISPONIBILIDAD

De nada sirve sintonizar con el Espíritu que nos mueve, usamos una imagen que es bíblica: vivir cristianamente es como una danza, y no sirve de nada escuchar la música si no la comprendemos, ni tampoco si la comprendemos pero luego no danzamos. Por tanto, la escucha del Espíritu –que es una música– nos pide la disponibilidad para la danza, para movernos. Recordemos el *baile de la obediencia* de la mística moderna Madeleine Delbrel, llamada de Dios que nos llama continuamente, y esto pide disponibilidad. Pasar de ser puros miembros que asisten a un concierto a personas que asisten al baile, al baile de la obediencia del Espíritu.

No Anticiparnos al Espíritu

Nuestra oración, nuestra lectura y diálogo son todos muy necesarios, pero necesitamos un Espíritu ágil, dinámico y disponible. Si no, los trabajos, el lugar social en que nos movemos, los sentimientos y las ideas, paralizarán los pensamientos y propósitos más elevados y compartidos. El Papa nos habla, por ejemplo, de liberarnos de “*costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia*”, que “*pueden ser muy bonitas pero ahora no prestan el servicio con vistas a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlos*”. De forma semejante nos dice que hay “*normas o preceptos eclesiales que pueden haber*

sido muy eficaces en otras épocas”, pero ahora ya no sirven, tengamos libertad. Cuántas cosas de esas nos atan, cosas incluso bellas, pero que hay que hacerlo. Cuando nos mudamos de casa hay que prescindir de muchas cosas que ya no caben en el nuevo piso, en la nueva situación, hay que desprenderse de ello; cuesta, pero hay que hacerlo.

Los Hechos de los Apóstoles nos narran aquel episodio precioso de Pablo y Timoteo que *“Como el Espíritu Santo no les permitió anunciar el mensaje en la provincia de Asia, atravesaron la región de Frigia y Galacia y llegaron a la frontera de Misia. De allí pensaban entrar en la región de Bitinia, pero el Espíritu de Jesús tampoco se lo permitió. Así que, pasando de largo por Misia bajaron hasta el puerto de Tróade. Aquí Pablo tuvo de noche una visión: vio a un hombre de la región de Macedonia que, puesto en pie, le rogaba “pasa a Macedonia y ayúdanos”. Inmediatamente después de haber tenido Pablo aquella visión preparamos el viaje a Macedonia seguros de que Dios nos estaba llamando para anunciar allí las buenas noticias”.*

Importante esto: nuestras deliberaciones deben ir acompañadas de intentos, de proyectos, y también de algunos hechos, pero sin anticiparse nunca al Espíritu. Vamos a las reuniones y a las deliberaciones sabiendo lo que hay que hacer; habiendo pensado, sí, pero nunca sabiendo lo que hay que hacer. Un discernimiento, y más si es pastoral, donde hay implicadas muchas personas y realidades, pide experiencia y tiempo. No simplemente libros, análisis, y no cosas precipitadas, los cambios piden tiempo. Muchas de las cosas que se atacan al Papa actual de la inoperancia es eso, ya puede salir un decreto, que todo se queda igual. Nuestro problema –como digo yo– no es ni el depósito de gasolina ni el coche, es el freno; podemos tener un Alfa Romeo a punto, precioso, lleno de gasolina, pero no arranca, el problema es que está puesto el freno. Tenemos ya lo nuestro y no estamos dispuestos a cambiar.

Liberarnos de Nuestros Condicionamientos

Tiempo por tanto para ver, pero tiempo para liberarnos de los condicionamientos. Obispos, vicarios, jesuitas, religiosas, laicos, todos nosotros, necesitamos tiempo para liberarnos de nuestros condicionamientos que tan a menudo nos bloquean y dañan muchos planes pretendidamente pastorales.

Por esto el Papa habla mucho de liberarse de los condicionamientos y lo va diciendo de muchas formas, quizá conviene recordar algunas de ellas nuevamente:

- La preocupación más por la buena organización que por el deseo de llegar a todos y estar más atrapados por la simple administración que por la misión.
- La inclinación a prohibir o a dejarnos llevar por el miedo, que nos asusta; es un riesgo, la propia seguridad hoy día es el riesgo.
- La preocupación por no “ensuciarnos”, más que por servir y estar con la gente.
- Una fatigante insistencia en los fines a alcanzar sin llegar nunca a las concreciones y a las mediaciones, o bien un exceso de diagnóstico sin propuestas positivas y aplicables. Unamuno decía que las ideas puras crean bocio, paperas. Ideas puras tenemos muchas, “hay que estar más con los pobres, tenemos que hacer más oración, hemos de crear más comunidad...”, el problema es el cómo, las ideas puras las tenemos claras, pero nunca llegamos a intento y las concreciones son siempre modestas.
- Falta de adaptación a las situaciones y a los ritmos de las personas. Esto es precioso, pero cuál es nuestra comunidad, qué edad tiene la gente con quienes trabajamos...
- El amor preferencial por los pobres como pura ideología, pero sin concreciones serias.
- Desconocimiento de lo que llamo yo el mundo realmente real, ¿cómo es el mundo? Una cosa es el mundo, y lo que llamamos “ver mundo” es un apéndice, es un grano. ¿Cuál es el mundo realmente real, no el mundo que nosotros nos fabricamos o que leemos en los papeles?
- Buscar en la evangelización la gloria humana y el bienestar personal, para quedar bien, para responder.
- Ser de los que siempre dicen lo que hay que hacer pero sin bajar nunca al compromiso personal.
- Tendencia a formar grupos y capillitas que dividen.
- Convertir la pastoral más en una instrucción moral o doctrinal que en una iniciación en la experiencia de un Dios que nos ofrece su amor misericordioso, por eso la Iglesia a veces es tan aburrida. Decía Dostoyevski en “Los hermanos Karamazov” que al final de la historia el demonio haga un bostezo de aburrimiento. Normas y más normas y práctica, y Jesús lo que hizo es hacer que los ojos brillasen y el corazón se calentasen. Que los ojos brillen y entonces empezamos a hablar.
- Refugiarnos en “hoy es más difícil evangelizar”, “siempre se ha hecho así”, “hoy ya somos muy mayores”, “ya lo hemos probado otras veces”, o bien el eclesiocentrismo, o la marginación de la mujer.
- O aquellas típicas tentaciones de los seguidores de Jesús: pensar no como Dios, sino como nuestro entorno que no siempre es demasiado evangélico. Hace años vivía como jesuita joven en formación, y respecto a alguna decisión de esta que tomamos los jesuitas decían “bueno, esta decisión que han tomado es muy poco

evangélica, pero es muy práctica”. Cuántas veces pasa esto, cosas que se dicen en papel cuché y que realmente no hablan muy bien de la Iglesia. La influencia del lugar social, “la gente es así”; donde me muevo yo, en una escalera, 8 puertas por planta, 14 plantas, hay personas que compran las naranjas una a una, “no, es que la gente hoy vive...”. Cómo es la vida real, cuál es nuestro entorno, qué es lo que no he sabido interpretar, un lugar social nuestro entorno.

- Sentirnos como dueños del rebaño.

En resumen, lo que el Papa llama la “mundanidad espiritual”. Dios nos libre –dice él– de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales. Cuántas veces lo que llamamos espiritualidad es alienación o autocontemplación, y que la labor pastoral es organización pero no es misión.

La Tentación de la Acedia

Cuando Jesús envía a sus discípulos dice “*Yo os envío*”, sopló y les dio el Espíritu Santo. La misión es un acto espiritual, obra del Espíritu. No dijo “reuníos y organizar”, recibieron el Espíritu Santo. Sin escuchar al Espíritu en profundidad, y como he dicho es un Espíritu que no flota, un Espíritu que actúa en la historia. Y por esto el Papa insiste en algo que él ha traído de la tradición cristiana más antigua que es la acedia, que repite varias veces.

Vale la pena detenerse un poco en ella porque podemos sentirnos razonablemente fatigados y con poco empuje, sin ninguna mala voluntad podemos ser como aquellos que parecen –dice el Papa– “momias de museo”, tienen “cara de Cuaresma”, con “psicología de tumba”. Es verdad que muchos de los que llevamos responsabilidades importantes tenemos ya una cierta edad, es verdad que hemos hecho esfuerzos inmensos para poner al día la Iglesia, las comunidades, las parroquias, en la línea del Vaticano II. Luego hacer frente al crecimiento de nuestras parroquias, de nuestros movimientos, congregaciones y seminarios. Primero ponernos al día, y luego encajar en el crecimiento, y esto fatiga, y esto es comprensible, somos humanos. También para responder a los nuevos retos que una sociedad secularizada nos plantea, quizás a veces sentimos lo de Elías “*basta ya Señor*”, no digo “quítame la vida” pero vaya.

Ese estado de ánimo no es tan nuevo ni tan inédito como creemos. A mediados del siglo pasado allá por los años 40, Emmanuel Mounier escribía aquella obra que está traducida al castellano, “El afrontamiento cristiano”, y una de las cosas que toca es justamente la acedia. Responde al ataque que hace Nietzsche a los cristianos de

“habláis mucho de liberación y de alegría y se os ve muy poco liberados, la actitud es muy pasiva”, y decía que era la gran amenaza del mundo actual, la acedia. Lo que el Papa repite, y ahora hace pocos años el filósofo español José Antonio Marina escribe el “Pequeño tratado de los grandes vicios”, un comentario de los siete pecados capitales con el octavo que ponían los antiguos, que es la acedia, como una derivación de la pereza. Quién ha visto la película de Hannah Arendt cómo trata profundamente este tema en la postura actual, el gran problema de la banalidad de las cosas, qué vas a hacer. Cuánta gente que era cristiana y creyente en tiempos del nazismo qué iba a hacer, “eso que me han dicho”, “qué hay que hacer”, sin preguntarse más. Es una amenaza pues de nuestra cultura y de nuestra Iglesia.

No se trata pues ahora de hacer esfuerzos espectaculares, voluntaristas, desconocedores de las limitaciones que conllevan la edad y las circunstancias, no seamos tampoco personas que soñamos despiertas. Se trata de ir a la raíz de nuestra vida y de nuestro ministerio, que es la fe que actúa por el amor –Gálatas 5,6–, nuestro ministerio es un ejercicio de fe no es una profesión, es una fe que actúa por el amor y creemos en esto. Por tanto es poner nuestra confianza en el Dios que hace crecer lo que nosotros hemos cultivado; parece que no hemos hecho nada, pues sí: hemos rezado, nos hemos entregado, nos hemos negado en muchos gustos, hemos creado comunión... con muchos defectos, con muchas limitaciones, pero algo sí hemos sembrado. Creer que Dios hace crecer esto, creed.

Otra cosa, hacer con ilusión y con paciencia lo que nos permiten las fuerzas. Yo soy jesuita y siempre digo que la espiritualidad ignaciana hay que completarla con la espiritualidad franciscana. Francisco en una regla dice: “los hermanos en los momentos difíciles harán lo que puedan”, es básica. En nuestra situación, lo que podamos, en el sitio en que estamos hacer con ilusión lo que estamos pudiendo, y no perder el sentido del humor que es humor teologal. Este Dios que sigue mirándonos con cariño, como padres que están mirando a los niños que estropean el juguete, que tratan de ser personas mayores pero se equivocan. Esto nos dinamiza.

Por tanto confiar en tres cosas importantes: confiar en que Dios hace crecer lo que hemos realizado, seguir haciendo con ilusión lo que estamos haciendo, la entrega, y cultivar este humor teologal. Un día hablando con un compañero mío jesuita estábamos comentando desastres que hacemos los jesuitas y le decía a él, profesor de teología, “oye, ¿cómo nos debe estar mirando Dios ahora?”, “con una sonrisa benigna”, dijo, y esto si lo vivimos bien no frena, sino que estimula, no invita al conformismo sino a la ilusión en lo que estamos haciendo porque estos tiempos son tiempos de Dios.

EL DISCERNIMIENTO

Una tercera cosa sería discernir, transformaos para poder discernir. Como hemos dicho la sintonía del Espíritu, la disponibilidad plena para poder discernir, para ver qué hay que hacer. Se ha comentado ampliamente la insistencia del Papa en el discernimiento, sobre todo en *Amoris Laetitia*. El Papa habla no de una manera general, sino para hacer frente a las situaciones concretas en que se encuentra la pastoral de la Iglesia, como una cosa operativa el discernimiento. El discernimiento no es una serie de reglas a observar sino una sabiduría, una sensibilidad. Quizás algunas personas habrán hecho ejercicios ignacianos, y cuando se habla del discernimiento dan “reglas del discernimiento”. San Ignacio pone reglas para “en alguna manera”; cómo vamos a saber nosotros, al Espíritu no le encasillamos en una regla.

El discernimiento no es una serie de reglas, sino una sabiduría, una sensibilidad, por eso dice Pablo en Romanos 12 que “*para discernir lo que agrada a Dios*”, no el bien o el mal. Si he de robar la cartera a una persona no hay que discernirlo. El problema está en que esta herencia que nos ha caído en esta diócesis en qué invertimos el dinero, para hacer lo que dijo uno que ganó un premio que “este dinero es mío”, para esto no es necesario el Evangelio, ya lo sabemos. Qué hago con este dinero que hemos heredado, que lo tenemos justamente, pero que podemos disponer de él al margen del Evangelio. Por tanto es lo que agrada a Dios, no el bien y el mal que no hay que discernirlo, sino lo que agrada a Dios hay que discernir.

Esto pide transformarnos –dice Pablo– en nuestra manera de elaborar, el metanoite, este cambio en la vida, una transformación. Y esto no por un imperativo moral o legal, sino porque experimentamos la misericordia que Dios nos tiene. Ya que habéis experimentado la misericordia de Dios, transformaos para poder discernir, porque hemos experimentado cómo Dios nos quiere, porque nos sentimos queridos y perdonados. Por esto mismo ahora tratamos de transformarnos para dar una respuesta a lo que pide la humanidad de hoy, la gente que tenemos cerca, los que vienen y los que no vienen, los que están cerca y los que están lejos. Es, pues, el discernimiento una resultante del amor de Dios que se convierte en praxis de amor, una resultante del amor acogido que se convierte en praxis de amor, un amor lúcido que capta lo que conviene a la persona amada, lo que agrada a Dios.

En el discernimiento hay siempre un referente o dimensión objetiva, que es Jesús y su palabra interpretada en medio de la realidad del mundo. Necesariamente hemos de leer el Evangelio, y leer el Evangelio en el contexto en que nos encontramos, de la

gente hombres y mujeres de hoy. Realidad social, realidad política, no el Evangelio al margen de la vida sino en la vida.

Pero hay una dimensión también subjetiva, que es la resonancia que nos hace sentir el Espíritu que nos alienta. Por esto aquel texto tan precioso del diálogo de Jesús con la samaritana dirá que los adoradores adorarán “*en Espíritu y en verdad*”, en el sentido fuerte de la palabra: escuchando al Espíritu y refiriéndose a la verdad que es Jesús y su Palabra, dos cosas que siempre son necesarias. Si no cultivamos esta praxis de lectura continua de la realidad con los ojos de Jesús y con la atención a las resonancias del Espíritu en nuestro corazón, haremos estudios sociológicos quizá muy interesantes, dictaremos normas muy fieles a la normativa canónica o a la letra del Evangelio, pero a la letra, no escucharemos al Espíritu de Jesús que nos lleva a la verdad completa.

Santo Tomás de Aquino decía “*la letra, incluso la del Evangelio, si no está animada por el Espíritu, mata*”, y cuántas veces nos matamos a base de textos evangélicos, muchas guerras dentro de las comunidades de la Iglesia es a base de textos evangélicos. La letra del Evangelio si no está animada por el Espíritu, mata, hay que estar pues atentos tanto a los reduccionismos sociológicos –como si después de un análisis sociológico ya supiéramos lo que tenemos que hacer–, como a reduccionismos espiritualistas –como si pudiéramos escuchar la voz del Espíritu sin pasar por el rigor del estudio y del análisis de la realidad–.

El cristiano maduro –dice Hebreos– es el que ha llegado a esta sabiduría, a esta nueva sensibilidad, a este Telia –dice–, una sensibilidad renovada es del cristiano maduro y de la comunidad madura.

CONCLUSIÓN

Dos palabras muy queridas por el Papa creo que pueden ayudarnos y hacer que empalme lo de la mañana con lo de la tarde. Dos palabras: gozo y fervor.

El gozo, la alegría, que ya da título al mismo documento *Evangelii Gaudium*, no es un sentimiento superficial, ni que aparece solo. Es algo profundo, es el test de una vida evangélica, la que Jesús nos señala cuando nos dice que “*os hablo así para que os alegréis conmigo y vuestra alegría sea completa*”; una alegría “*que nadie os podrá quitar*”. El notable exegeta Josef Blank, comentando estas palabras del cuarto evangelio, nos recuerda que la alegría es una asignatura pendiente de nuestro

cristianismo y es el mejor ofrecimiento que podemos hacer a nuestro mundo, la alegría. Porque la alegría que brota del Evangelio es generadora de libertad y de amistad, esta actitud eclesial que Pablo VI decía que era el fruto del Vaticano II, una nueva manera de situarnos en el mundo, una mirada benigna y positiva a nuestra sociedad, la convicción de que tenemos una Buena Nueva para comunicar.

Y la otra palabra: el fervor, íntimamente conectado con la alegría. El fervor que el papa Francisco nos recuerda a menudo en la *Evangelii Gaudium*, conté que por lo menos en 7 números nos habla del fervor. El fervor es la fuente de la verdadera alegría. Ciertamente la palabra “fervor” a muchos de nosotros nos llega a resonancias pietistas, quizás un poco infantiles, poco simpáticas, pero ha dicho un filósofo actual que deberíamos recobrar el fervor en nuestras bibliotecas. Pensemos que fervor tiene que ver con calor, con hervir. El fervor es el amor que desborda, no es un sentimiento superficial. Lo recomendaba Pablo a sus queridos Filipenses: “*que aumente más y más vuestro amor, hasta rebosar*”, y usa un verbo que de distintas formas, como verbo, como adjetivo y a veces como sustantivo, usa Pablo: *perisséuein*. Este verbo significa desbordar, rebosar, y Pablo dice que este fervor, este amor que debe rebosar, es la base del discernimiento. Al comienzo de la Carta a los Filipenses: que vuestro amor crezca hasta rebosar para que podáis discernir, para que podáis descubrir lo que conviene.

Y es discernimiento lo que el Papa actual –como acabo de recordar– nos propone ampliamente como herramienta fundamental de la acción pastoral, en *Amoris Laetitia* es como un *ritornello*, el discernimiento.

La alegría es, pues, como la flor o el fruto del fervor, como la llama que brota de un corazón ardiente y generoso. Ignacio de Loyola, escribiendo a los estudiantes de Coimbra que pensaban que para ser buenos cristianos debían hacer penitencias y cosas un poco raras, les dice que lo que importa es el fervor, y que el gozo o la alegría que en esta vida podemos tener no proviene de cosas extravagantes, sino del fervor. La alegría nace del fervor. Como dice el papa Francisco, “*Nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor*”.

Ayer mismo recordábamos y anunciábamos en las comunidades el pasaje de Emaús, aquellos dos discípulos que experimentaron, sin saberlo, la presencia de Jesús en que su corazón estaba ardiendo. ¿No sería este un texto de la caridad de nuestros planes pastorales?

DIÁLOGO CON EL PONENTE

P. *¿Cómo se puede conjugar la alegría interior con el rechazo evangélico? Cuando uno trabaja con alegría pero se da cuenta que la sociedad no acepta el Evangelio ni los valores que presentamos, entra tristeza. ¿Cómo se conjugan esas dos cosas?*

R. Algunos de vosotros habréis estado en Javier, habréis visto el Cristo de Javier, que está en la cruz esbozando una sonrisa. Esa sería un poco la clave: modificar la mirada. “Esto me duele”, bien, pero tratar de una forma u otra mirar benignamente como Dios, “Perdónales no saben lo que hacen”. Por tanto, convertir en oración, convertir por tanto en una actitud de acogida mi trato con las personas, lo cual no quiere decir que vaya a sentir una alegría exultante, pero sí vivir con una cierta paz y que aquello no me descorazone. O sea, un trabajo de la mirada a la realidad, que no significa –como digo– que aquello no me duela, pero sí que lo veo con una actitud un poco distinta. Simplificando, esta mirada del Cristo en la cruz.

P. *¿Por qué no nos decidimos a seguir el programa de Francisco? Me da la sensación de que nos estamos manteniendo como si estuviéramos en una época de cristiandad, todavía pensamos en cristiandad, y además estamos actuando como si estuviéramos en una época de cristiandad, me da la sensación. Entonces, claro, no hemos asimilado que estamos en un cambio de época, o que ha cambiado ya.*

R. Un poco sí, por eso yo ponía en lo que he indicado la situación del cambio de época: darnos cuenta que estamos ante situaciones inéditas, que no podemos tener la irresponsabilidad de ignorar el presente. Lo que yo suelo decir es que debemos vivir una actitud semejante a lo que se nos dice en la cuestión de la globalización: pensar globalmente y actuar globalmente. Pues yo diría también: pensar en actitud de historia de salvación que todo es penúltimo, sólo Dios lleva la historia, pero con la responsabilidad de que ahora estoy en un seminario, o llevo un grupo, una parroquia, pero siempre con esta apertura. Es un cambio de actitud muy profundo y una libertad interior muy grande.

Segundo creo que hay que afrontar muy seriamente nuestros apegos: apegos a mis ideas, apegos a mi forma de trabajar, apegos a las personas donde estoy, apegos al cargo... Para hacer lo que el Papa nos indica hay que tener unas disposiciones que son las que el Papa nos indica, entonces algo hay que romper. Transformaos. Si realmente experimentamos la misericordia de Dios, hay que transformarse y hay que cambiar

muchas cosas. Esto no se impone, sino que se descubre. Vivirlo todo mucho más como penúltimo, que no es lo último ni lo decisivo.

Honradamente ¿cómo serán en Occidente las parroquias de aquí a diez años?, ¿cómo serán las comunidades religiosas?, ¿y no desaparecerán?, muchas cosas. Pero en el presente prever que hay cosas que alumbran, que son signos de novedad.

Luchar un poco contra los apegos que nos condicionan, apegos ideológicos, apegos afectivos, apegos de lugares, apegos de forma de trabajo, y esto cuesta mucho. Es lo que decía yo del freno, el problema nuestro no es el Alfa Romeo que tenemos sino el freno que no acabamos de quitar.

P. ¿Hasta qué punto hemos caído en una cultura del mundo en aspecto juanneo, que es malo, y hemos olvidado el aspecto creacional, que es bueno, y por tanto hay una confusión, hay una cultura donde la ciencia avanza y nos plantea como que es casi obra humana? ¿No hay un debate, un trasfondo teológico y espiritual que habría que ahondar, profundizar o planificar ahí?

R. Simpatía con el mundo, decía yo, es la acción positiva de todo lo que hay y que crece en el mundo actual, ese mundo que Dios ha creado. Hay un mundo en sentido pío juanneo por el cual ya no ruego y no sois del mundo, pero hay un sentido del mundo como creación, como realidad humana, que es este mundo creado por Dios, obra del mundo creacional. Yo creo que cuando se habla del Vaticano II, ¿qué queda?, quedan muchas cosas, hay cosas a las cuales no llegó el Vaticano II, han cambiado las circunstancias. A veces resulta un poco raro cuando lees con generaciones nuevas el documento “La Iglesia en el mundo actual”, claro, el “mundo actual” es el del año 65, cómo ha cambiado el mundo.

Dentro de los cambios, el Vaticano II quedó corto, cosas que hay que cambiar porque evolucionan, pero hay algo fundamental que es precisamente este cambio de mirada al mundo, que se dijo de varias maneras: de Juan XXIII que no somos profetas de calamidades, que la Iglesia antes miraba desde la severidad y ahora mira desde la misericordia.... Esto es de las cosas que creo que son más relevantes o más permanentes que se puede poner una letra u otra según las circunstancias, pero que es importante: este cambio de mirada y de actitud ante el mundo. Y es una conversión, una conversión que todavía hay que realizar. A veces los que somos religiosos renunciamos a cosas que precisamente valoramos mucho, por esto, por ponerlo al servicio del Reino, por amor a Dios, etc.

P. *Incido en el tema del cambio de época, ciertamente está toda esta espiritualidad de la historia de la salvación, de mirar con ojos compasivos a este mundo, etc., pero el cambio de época es tan radical, está surgiendo una sociedad nueva ajena totalmente al cristianismo, ajena a los valores trascendentes, que no basta simplemente la mirada de la compasión. También en el Evangelio está el mandado “id, evangelizad...”, entonces para mí este es el momento, el reto clave. Esta espiritualidad de la historia de la salvación sí que te obliga a mirarte, a discernirte, marca totalmente tu espiritualidad, pero está por otro lado también el otro elemento. Entonces, o nos convertimos no ya en pequeños rebaños –si no en minorías o insignificantes–, o si no algo el Espíritu nos tiene que impulsar a hacer.*

R. Un poco lo que he ido desarrollando en la primera parte: una apertura a un Dios que es más que toda esta realidad que apreciamos, esta apertura a un Dios que habla en la historia pero que supera la historia. El Espíritu habla en la historia pero sin perderse en la historia. Hace años ya decía Baltasar que era tendencia del cristiano: hacer del Dios un Dios irrelevante a la historia o hacer de Dios un Dios que actúa en la historia pero que se funde.

En esta actitud de simpatía, desarrollar este sentido de Dios que es Dios, Dios que lo pide todo. No debemos pensar como los hombres sino como Dios, por tanto ante esta realidad es donde hay que pedir. Ahora es en esa realidad, con otra forma de expresarlo del Vaticano II, con el Papa Juan XXIII que dice que una cosa es el depósito inmutable de la fe y otra las formulaciones y expresiones que pedirá según las circunstancias. Totalmente de acuerdo que esta simpatía con el mundo no quiere decir que nos tragamos todo como el mundo lo vive, pero es en este mundo en el que hemos de estar y aquí hemos de responder y desde el cual hemos de formular qué es la oferta evangelizadora.

P. *A mí me parece que la charla que nos has expuesto es muy interesante, además he visto que descendía mucho a detallar todo lo que son esos condicionamientos que nos bloquean y de los que nos hemos de liberar. Una verdadera conversión pastoral, como la que nos plantea el Papa Francisco, requiere tener muy en cuenta todas esas cosas. A mí me parece que a veces las dificultades vienen desde dentro, desde nosotros mismos, desde nuestras actitudes y no sólo desde fuera y desde lo difícil que están las cosas. En este sentido, una mirada serena, autocrítica, una verdadera revisión creo*

que es muy buena. También cuando el Papa nos ha ofrecido después la Amoris Laetitia y nos marca un poco caminos para la pastoral de la familia y del matrimonio, nos invita también a un examen autocrítico de qué hemos estado haciendo en la pastoral del matrimonio y de la familia. Me parece que eso es una parte muy importante. A veces vemos las dificultades de fuera y estas nuestras y yo, en la exposición, los detalles que has ido apuntando y dando de esos condicionamientos que muchas veces nos bloquean, que a veces son psicológicos, son personales, son hábitos que hemos adquirido, otras veces son colectivos, otras veces institucionales, esa parte a mí me parece muy importante y te agradezco la atención que le has prestado.

(Sin comentario)

P. Yo también agradezco la charla que nos ha dado y quería preguntarle, pedirle si puede ahondar un poco más en el tema del discernimiento, que es el instrumento que el Papa ahora nos propone, instrumento pastoral por excelencia. Lo digo porque me ha llamado la atención que usted distinguía muy bien lo que es el discernimiento natural –podríamos decir–, la capacidad para reconocer y discernir el bien del mal, del discernimiento del que aquí se nos habla, que es el fruto de la transformación que obra el amor de Dios, el Espíritu, en el corazón humano. Y que por tanto requiere de estas actitudes de las que hablaba, como esta permanente vuelta del hombre, del cristiano, al Espíritu. Le digo esto porque yo una de las cosas que me encuentro en mí, encuentro también en los sacerdotes, es como una necesidad de encontrar fórmulas que aseguren el caminar, y el discernimiento tal como aquí se está presentando es evidente que no nos pone ante una fórmula sino ante el riesgo de la libertad, ante una libertad que una y otra vez se abre al Espíritu y que está dispuesta a seguirle en los términos en los que nos mueve. Me doy cuenta que este es como el principal punto, porque a veces uno querría, esto es ya más una cuestión personal, pero digo que es como si quisiésemos o yo veo que tengo la tentación de evitar esta dinámica. O sea, quisiera algo fijo porque esto cada día supone que yo me tengo que jugar, al menos tengo que pedir que alguien me rescate para poderme jugar. Y esto luego influye en todo, es un aspecto que si no está asumido, yo me doy cuenta que no nos permite crecer.

R. He repetido varias veces aquella expresión de la Carta a los Hebreos que el cristiano adulto, en relación al cristiano infantil al cual se le da leche, es aquél que por la transformación de la sensibilidad se ha hecho capaz de discernir lo que conviene.

Transformación de la sensibilidad. Por tanto ya veis que el discernimiento no es la porción de criterios evangélicos, no, es cuestión de un cambio de sensibilidad. Yo provengo de una formación de los años 40, terminé el bachillerato el año 50, hice el examen de estado para entrar en la universidad, un bachillerato que algunos dicen que valía por dos carreras actuales. Durante siete años aprendimos de todo, pero yo nunca fui a un museo ni me llevaron a un concierto. Sabía todas las obras de los pintores mejores, pero no sabía más, no había cambiado la sensibilidad. El discernimiento es el cambio de sensibilidad, esa persona que va a un museo, o le hacen miembro de un jurado de un concurso de acuarelas.

El cambio de la sensibilidad es lo que dice la Carta a los Gálatas 4:19, *que Cristo se vaya formando en vosotros*, voy viendo las cosas con los ojos de Jesús y sintiendo con el corazón de Jesús. Como veis entonces el discernimiento no se aprende en un fin de semana, ni siquiera en unos ejercicios, sino que es el cultivo. Pau Casals, gran violonchelista, dice que cada día interpretaba cuatro horas Bach. El discernimiento lo que pide es trabajarnos, no hay cosa humana seria que no pida trabajarse; hemos de trabajarnos habitualmente, el trabajo habitual del corazón y de las actitudes. Esto pide oración y pide también otras cosas, pide mi forma de trabajar, etc. En este sentido es un trabajarnos habitualmente que supone la oración evangélica y la praxis evangélica: ¿cómo son mis relaciones?, ¿cómo estoy en el despacho?, ¿cómo acojo a la gente?, y todo esto de pasar un poco por el cedazo de este encuentro con Dios. Esto pide tiempo, no mucho, pero pide un hábito, es lo importante.

El discernimiento es un hábito, no es una capacidad de la persona, y eso no pide ni ir a la India ni hacer viajes a Tierra Santa, no pide dólares ni euros, pide trabajo personal, y me puedo ir a la India y a Tierra Santa y volver igual, es un trabajo habitual del corazón. La nueva sensibilidad, el Cristo formando en nosotros, pero para mí lo importante es el trabajo habitual del corazón. Y de confrontamiento con Jesús, hay una dimensión objetiva: yo puedo trabajar el Evangelio pero el Evangelio puede ser letra muerta como dice Santo Tomás, como un código de “Jesús dice esto”. El problema no es que Jesús está con los pobres, sino qué siento yo que soy madre de familia con tres hijos, y mi marido está en el paro, cómo administro el dinero. Por tanto, qué me dice este encuentro con Jesús a mi corazón.

Continuamente esta objetivación de Jesús y ese análisis de las circunstancias en mi corazón, va saliendo lo que Dios me pide, que es bonito lo que dice Pablo, *“lo que agrada al Señor”*, no lo que es bueno o es malo. Por tanto el discernimiento tiene como horizonte el Padre bueno que nos quiere, y hemos de complacer a Dios. Lo que agrada a Dios es como lo que agrada a la persona que mira, que no es una cosa de ley,

es simplemente que le agrada. Si yo realmente voy con sinceridad, acertaré siempre porque voy a corresponder a la persona querida. En el seguimiento tocamos el corazón y tocamos el corazón de la vida cristiana, que no estamos bajo la Ley sino bajo la gracia. Es curioso que en el diccionario de teología moral, la primera edición, no tenía la palabra “discernimiento” y tuvieron que aplicarle un suplemento porque se habían olvidado lo que era básico en la moral cristiana, que era el discernimiento.